

www.puntodelectura.com

JUAN JOSÉ MILLÁS

# Articuentos

Edición de Fernando Valls

punto de lectura



**Juan José Millás** nació en Valencia en 1946 pero ha vivido en Madrid la mayor parte de su vida. Es uno de los escritores más prestigiosos de la narrativa española contemporánea. En 1975, publica su primera novela *Cerberos son las sombras*, galardonada con el Premio Sésamo. Entre sus numerosos éxitos figuran *La soledad era esto* (Premio Nadal 1990), *El desorden de tu nombre*, *Letra muerta*, *El orden alfabético*, *No mires debajo de la cama*, *Dos mujeres en Praga* (Premio Primavera de Novela 2002), *Laura y Julio* y *El mundo* (Premio Planeta 2007). Sus libros han sido traducidos a quince idiomas, y existen numerosas tesis doctorales sobre la obra de Juan José Millás. Es colaborador habitual de *El País*. Ha recibido los doctorados *Honoris causa* por la Universidad de Turín en 2006 y por la Universidad de Oviedo en 2007.

[www.juanjose-millas.com](http://www.juanjose-millas.com)

JUAN JOSÉ MILLÁS

Articuentos

# IDENTIDAD E IDENTIDADES

## *Desdoblamientos*

### La identidad

#### DIARIO [I]

Cuando mi marido dijo en el desayuno que volvería tarde porque tenía una reunión de presupuestos, yo ya sabía que iba a encontrarse con su amante, como todos los viernes, pero esta vez no me importó, casi fue un alivio. Me hace gracia la frase ésa, «reunión de presupuestos». Se reúnen para presuponer, cuando la mayoría de ellos ni siquiera ha aprendido a suponer. Cómo son. Al salir, se llevó al niño, que había perdido el autobús del colegio, y yo me quedé sola, como siempre, escuchando el ruido de la lluvia (de un tiempo a esta parte, siempre llueve al otro lado de mi cabeza, aunque en la calle haga sol). Luego, al entrar en la habitación de mi hijo para hacer la cama, observé que se había dejado un cuaderno abierto sobre la mesa, con una suma ( $7+1=?$ ) sin resolver. Instintivamente, puse un 8 al otro lado, y en seguida empecé a sentir un agobio enorme por aquel 1 que acababa de perder su individualidad al realizar yo la operación matemática.

Imaginaba al pobre número dentro del 8, buscando la salida desesperadamente, como un claustrofóbico dentro de un laberinto, y me identifiqué con él. Una vez me perdí en el interior de unos grandes almacenes y fue

tal el miedo a no dar con la salida que sufrí un desmayo en la sección de deportes. Por otra parte, también yo, como el 1, había perdido la identidad en las profundidades de una familia asfixiante, y no sabía cómo escapar de ella. Sentí que me faltaba el aire y corrí al balcón para respirar. Un sol excesivo me cegó los ojos, pero dentro de mí continuaba escuchándose el ruido de la lluvia. Quizás en el interior del número 8 también lloviera con aquella violencia, pensé. Escuché el teléfono, pero no lo cogí pues supe por el modo de sonar que era mi madre.

Más tranquila, regresé a la habitación para liberar al número inocente y puse sobre la hoja  $8-7=1$ . Sin embargo, me pareció que el 1 resultante era distinto al que yo había atrapado y me atacó un desaliento enorme. A mí misma, cuando pienso en abandonarlo todo y recuperar mi verdadero ser, siempre me retiene el miedo de que la que lograra escapar fuera una de las que están encerradas conmigo y que no son exactamente yo, aunque sean idénticas a mí.

## EL OTRO

Cuando me dijeron que no puedo ser Juan José Millás en Internet porque alguien se lo ha pedido antes que yo, mi primer impulso fue poner una denuncia. Luego, como el abogado me salía más caro de lo que valgo, decidí dejar las cosas como están. Ese loco que pretende ser yo no tiene ni idea, pues, de la vida que le espera. Si ha de pasar en la existencia digital por la mitad de lo que yo

he pasado en la analógica, no tardará en salir corriendo de mi cuerpo. Entre tanto, me divierte asomarme cada día al ojo de cerradura de la Red y ver a qué se dedica mi reflejo cibernético. De momento, no se dedica a nada: está ahí el pobre, en medio de un escaparate desolado, esperando que alguien lo compre. Pero quién va a comprarlo. ¿Quién va a comprar un Juan José Millás binario, por favor? No tiene ni idea el individuo que se ha metido en mi pellejo lo que me cuesta venderme cada día. Y eso que en la versión analógica sé arreglar enchufes y reparar grifos y colgar cuadros y lavar y planchar y cambiarle al coche la batería y el aceite.

El único que podría comprarme soy yo, y no porque no pueda vivir sin mí, sino por lástima. En las películas de esclavos, siempre me identificaba con el esclavo que no compraba nadie. No importa al precio que me pongas, muchacho, no lograrás venderme ni a mí mismo: mi lástima no llega a tanto. Y, cuando llega, es compensada por un golpe de ira, porque hoy por hoy me detesto más de lo que me deseo. Si tuviera que elegir entre darme veinte duros y darme un tiro, me pegaría un tiro, no lo dudes. Ignoro cuánto has pagado por ser yo, pero por poco que sea has hecho un mal negocio. Antes de lo que te imaginas, vendrás a pedirme de rodillas que me haga cargo de mí mismo, tiempo al tiempo.

Pero no me intereso. Ni bañado en oro volvería a ser yo. Estoy hasta los huevos de la versión original, que dicen que es la buena, de modo que no quiero ni imaginar cómo serán las copias. Agradecería, pues, que te apropiaras también del familiar Juanjo Millás antes de que tenga un momento de debilidad y lo haga yo por pena.

No olvides tomar Almax para el ardor de estómago, y Trankimazín para la angustia. Para la culpa no he encontrado nada todavía.

## DE NADA

Las instrucciones que acompañan a las baterías de los teléfonos móviles aconsejan al usuario descargarlas totalmente siete u ocho veces para que no se produzca el «efecto memoria», que no sabemos en qué consiste, no lo pone. En cualquier caso, debe tratarse de algo horrible, de otro modo no lo llamarían así, el «efecto memoria», que parece el título de una novela de terror. Por otra parte, está comprobado científicamente que nosotros mismos, aun no funcionando a pilas, corremos el peligro de quedarnos atrapados en sucesos de los que no nos sacan ni con fórceps, a menos que seamos capaces de vaciarnos por completo en varias ocasiones a lo largo de la vida. Hay gente que a los 50 años todavía habla con un odio infinito del prefecto de disciplina del colegio o del sargento que vendía enciclopedias en la mili. No se han desocupado del todo, como recomiendan los fabricantes de baterías, antes de volverse a llenar de vatios, afectos u obsesiones.

Por eso resulta envidiable gente como Piqué, que habiéndose limpiado hasta las heces de su pasado comunista, ha podido abrazar sin problemas la fe popular, lo que ha repercutido muy favorablemente en su bolsillo. Hoy mismo, y tras optimizar sus pagos a Hacienda con empresas familiares de dudosa actividad, es completamente rico. De no haberse vaciado tanto, habrían



quedado en el fondo de su cartera algunos escrúpulos progresistas que taponarían la entrada a nuevas sensaciones. Y si el propio Aznar no se hubiera desamueblado por completo antes de volverse a rellenar, seguiría escribiendo artículos surrealistas en *La Nueva Rioja*, lo que habría hecho un daño económico incalculable a compañeros del colegio que estaban esperando que algún condiscípulo llegara a algo y les sacara de la miseria, que es muy mala.

El «efecto memoria» resulta dañino para el progreso de las personas. Si uno quiere ser alguien, es preciso olvidar, aunque se convierta en otro. Es mejor ser otro con una cuenta corriente saneada, que ser el mismo vendiendo pañuelos en un semáforo. Antes de abrazar una nueva fe, sea analógica o digital, religiosa o política, descárguese del todo de la anterior y busque un enchufe. De nada.

## PULPOS, HONGOS, HUMANOIDES

Llaman del periódico diciendo que no me tome al pie de la letra lo de hablar de la realidad. Me salen unas últimas páginas tan tristes que parecen la primera.

—Cuando queramos que la última página sea la primera, ya nos encargaremos nosotros de darle la vuelta al periódico. Tú, a lo tuyo.

Tomo nota de la llamada de atención y voy con los ojos muy abiertos para detectar cualquier movimiento irreal. Pero está todo lleno de realidad, de cascotes. Nunca los telediarios ni los pulpos fueron tan reales.

Da miedo. Por la noche, en lugar de cruzarme por el pasillo con los espíritus habituales, me cruzo con gente verdadera en camiseta de tirantes. No recuerdo un verano tan real desde aquel otro de mi juventud en el que los americanos, huyendo también de su realidad, pisaron la Luna. Vi el alunizaje en un bar, tomándome un bocadillo de calamares, y no me pareció tan increíble que llegaran a la Luna, porque yo entonces intentaba llegar a fin de mes y me hacía cargo de las dificultades.

Así que, buscando desesperadamente algo irreal, veo en la prensa un anuncio de la revista *Enigmas*, que dirige el doctor Jiménez del Oso, con la siguiente interrogación: «¿Visitó un humanoide las tierras extremeñas?». Dios mío, estuve casualmente hace poco en Extremadura y a mí me pasa lo que a un paciente de Freud: que padecía de reproches obsesivos, así que, cuando leía en el periódico que se había descubierto una falsificación, pensaba que estaba complicado en ella. Compró un ejemplar de *Enigmas* y lo primero que me llama la atención es que no es un ejemplar, sino dos. Uno de ellos, en forma de periódico, te lo regalan, lo mismo que ese frasco de champú adosado a la botella de gel. La relación entre el gel y el champú se entiende, pues cada producto lava una parte del cuerpo. Pero la relación de la revista enigmática con el periódico esotérico es redundante, pues las dos lavan la misma zona del cerebro.

En cuanto al humanoide extremeño, me apresuro a decir en mi descargo que no era yo, pues «el extraño visitante emitía un sonido que se asemejaba al de un compresor o al de una rueda al desinflarse». No hago

esos ruidos. El reportero no explica qué le hicieron los extremeños al humanoide, pero, según *Enigmas*, el alcalde de Escorial, lugar de la aparición, «ha salido en defensa de sus vecinos respaldando hasta la saciedad la honestidad y nobleza de éstos». Hasta la saciedad. Podía haber defendido el honor de sus vecinos hasta el agotamiento, hasta la muerte, hasta Cáceres, pero lo hizo hasta la saciedad. Pienso yo, sin ánimo de hablar de la realidad, que un alcalde jamás debería hartarse de defender el honor de sus vecinos, sobre todo si ha sido puesto en cuestión por un humanoide, extremeño o no.

Apenas me había repuesto del sobresalto paranoico del humanoide que visitó las tierras extremeñas, cuando tropiezo en otra revista con la foto robot del hombre que secuestró en su furgoneta a dos turistas alemanas y que, como es habitual, se me parece. Huyo, pues, hacia mi propio periódico en busca de un poco de paz y, buceando detrás de los sepelios, leo en un reportaje sobre extraterrestres que un tal Roger Leir afirma haber realizado ocho operaciones quirúrgicas a individuos con objetos de naturaleza extraterrestre implantados en la nuca. Me toco la nuca con la yema de los dedos y, como es natural, noto un pequeño bulto pánico en la zona.

Todo ello sin dejar de leer que el 34% de los estadounidenses sospechan que ya hemos sido visitados por extraterrestres. Más aún: acaban de descubrir en Oregón (¿dónde, si no?) un hongo del tamaño de 900 campos de fútbol. El titular dice que se trata de un hongo gigante por si no nos diéramos cuenta por nuestros propios medios. Si Carl Sagan levantara la cabeza y viera el retrato robot del hombre de la furgoneta, diría que se trata de

un extraterrestre, y que soy yo. O que es un hongo, y que soy yo. O un humanoide extremeño, y que soy yo. Me pongo, pues, pese al calor, una bufanda para tapar el bulto de la nuca y salgo a comprar un pulpo que llevo a todas partes de la mano, o del tentáculo, para desviar la atención de la gente hacia el animal y que no me miren a la cara. Ni a la nuca. Y que les distraiga en lo posible de la carga de realidad o de amonal de la primera página. Acompaño en el sentimiento a todo el mundo y quede claro que no soy el del retrato robot. Ni el humanoide. Ni, por supuesto, el pulpo.

#### ASEO DE JEFES

Las relaciones interpersonales son muy complicadas. Vean, si no, esa curiosa noticia según la cual la policía se tiñó el pelo de verde para presionar a sus jefes. ¿Qué más dará a los mandos que lleven el cabello de uno u otro color? En fin, cada uno protesta como puede. Yo tuve un jefe al que le sentaba fatal que me hiciera el cojo, de modo que cuando teníamos conflictos laborales me pasaba la mañana renqueando.

—¡Deja de cojear! —gritaba como un energúmeno.

Yo le decía que me dolía el pie y nunca encontró la manera de demostrar lo contrario. Era un jefe psicossomático. Le llamábamos así, El Psicossomático, porque se apropiaba de cualquier síntoma que pasara cerca de él. De hecho, los días que yo cojeaba para quejarme de esto o de lo otro, él regresaba a casa cojeando también. En cierta ocasión empecé a quejarme del estómago y a las

dos horas hubo que llevarle a urgencias con un ataque de apendicitis. Un día hice como que me había quedado ciego de repente y al salir de la oficina le pilló un coche por cruzar la calle sin mirar. Eso dijeron, pero yo creo que fue por cruzar la calle sin ver. Era muy fácil hacerle la vida imposible.

Tuve otro jefe que clausuró una zona de los servicios y colocó un cartel en el que ponía: «Aseo de jefes». Todos los días, a las diez de la mañana, le pedía la llave a la secretaria y se retiraba a meditar. No recuerdo cómo, conseguimos hacer una copia de la llave y le dejábamos anónimos absurdos pegados al espejo: «Aquí hizo pis un empleado normal y corriente en febrero del 79». Incomprendiblemente, estas notas le daban rabia en lugar de darle risa...

—¿Quién ha escrito esto? —gritaba hecho una furia, agitando el papelito en el aire.

—Pero si sólo tiene llave usted —respondíamos con expresión ingenua, como si se tratara de un fenómeno paranormal. Cambió la cerradura siete veces, pero siempre lográbamos sacar una copia. Al final le hicimos creer que el autor de las notas era él mismo y que las escribía con una parte de sí mismo de la que no era consciente.

—Como el estrangulador de Boston —añadíamos, insinuando que podía acabar matando ancianitas si no se controlaba un poco.

Al final renunció a tener un aseo para él solo, aunque era lo que más ilusión le hacía de ser jefe, y quitó el cartel, que logré llevarme a casa, de recuerdo. Todavía anda dando vueltas por ahí.

Mi jefe, en cambio, ya no da vueltas, ni siquiera camina en línea recta: falleció de la próstata y en el velatorio fue muy comentada, entre risas, esta manía suya tan territorial.

Al que le sustituyó le molestaba mucho que oyéramos la radio, aunque ello no afectara a nuestro trabajo, que consistía en poner a la derecha los papeles que otro había puesto a la izquierda. Como le gustaban los trámites, llevó a cabo la prohibición a través de una circular difícil de entender donde se argumentaba que la empresa nos pagaba por disponer de nuestro cuerpo y de nuestra mente durante toda la jornada laboral. Según él, la radio nos arrebatava la mente, que por otra parte jamás llegamos a utilizar para cambiar de sitio los papeles ni para comunicarnos con él.

Un día se me ocurrió ponerme unos cascos en las orejas escondiendo en el cajón el extremo de los cables. Cuando se acercó con expresión de triunfo para echarme la bronca y vio que no había radio, se quedó helado. Sufrió lo indecible el pobre, pues yo de vez en cuando a veces sonreía ensimismado, como si estuviera oyendo un programa muy gracioso. Al poco, todo el mundo llevaba cascos y todo el mundo sonreía ensimismado.

El hombre hizo varios borradores de circular intentando prohibir los cascos, pero los rompió todos por temor al ridículo. Más tarde, uno de los compañeros nos confesó que oía voces a través de los cascos y aquello sirvió de tema de conversación durante varios meses. No hay nada como un jefe prohibidor para estimular la imaginación de la gente.

El caso es que los policías de Madrid se tiñeron de verde para molestar a Cotino. No conozco personalmente

a Cotino, pero parece muy susceptible. Lo más probable es que tenga un servicio para él solo en el que pone «Aseo de jefes».

Si no da resultado lo del pelo, yo recomendaría a los policías que se hicieran los cojos. Seguro que es una de las cosas que más le molestan. La cojera, al mismo tiempo, humanizaría mucho a los policías de proximidad. O sea, que ganamos todos. Ánimo.

## ASÍ NOS VA

El cerebro está dividido en dos partes unidas por el cuerpo calloso. Si no existiera el cuerpo calloso, las dos mitades del cerebro tampoco se comunicarían entre sí y la vida sería un desastre. Imagínense un cuerpo cuyo lado derecho tenga intereses radicalmente distintos a los del izquierdo. En cierto modo es así, pero al final los dos lados negocian y por lo general siempre llegan a un acuerdo. Por eso no se nos cae todo de las manos. Por eso logramos también la mayoría de las veces caminar en línea recta. Si los dos lados se empeñaran en ejecutar las mismas cosas y a la vez, no seríamos capaces de hacer la cama, ni, lo que es peor, de cortar unas lonchas de jamón o unos tacos de queso.

Yo tenía un amigo con problemas de comunicación entre el lado derecho y el izquierdo de su cerebro, y cada mano iba por su sitio. A lo mejor una quería pelar una naranja, pero la otra se empeñaba en pelar una patata. Al final, mi amigo se quedaba sin fruta y sin tubérculo, pues las dos actividades se excluían. No consiguió estudiar nada

porque por un lado le gustaba la física, pero por otro le volvía loco la literatura, de modo que dejaba una cosa por otra continuamente sin profundizar en ninguna. A mí me quería mucho por una parte, pero me detestaba por la otra, de manera que nuestra relación era muy irregular. Durante un tiempo le perdoné los desplantes del lado enemigo porque eran compensados con el afecto del lado amigo. Pero con la edad dejaron de interesarme las emociones fuertes y dejé de verlo. Todavía me llama para que comamos juntos, pero al poco telefona también el otro anulando la cita. Mi amigo tiene, pues, un problema de cuerpo calloso. Parece mentira que le hayan dado un nombre tan antipático, cuerpo calloso, con lo importante que es la función que realiza.

Más aún: ninguna organización empresarial o de otro tipo tiene un departamento, no ya que se llame así, cuerpo calloso, sino que cumpla sus funciones. Y es necesario. Si entre los sindicatos, por ejemplo, y las empresas hubiera un cuerpo calloso capaz de vehicular correctamente la información de las dos partes, y de sintonizarlas, las relaciones laborales serían mucho más sencillas. Y quien habla de las relaciones laborales habla de todas las demás. La habilidad negociadora del cuerpo calloso es tal que ha conseguido que el lado izquierdo del cerebro se ocupe de los movimientos del derecho y el derecho de los del izquierdo. Es decir, que las dos partes se han cambiado de bando para velar cada uno por los intereses de la contraria. Imagínense un órgano de estas características regulando las relaciones entre los partidos políticos o los matrimonios. Sería un éxito. Y lo curioso es que el modelo lo llevamos dentro, en la cabeza. No



debería ser tan difícil de reproducir. Lo que pasa es que hacemos las cosas con poca cabeza, y con poco cuerpo calloso, por lo tanto. Así nos va.

## MONÓLOGOS AL LADO DEL ESTANQUE

La crisis ha llegado al parque del Retiro en forma de maná para los echadores de cartas: controlo su clientela y me parece que ha aumentado en los últimos domingos.

La gente no va a que le digan el futuro cuando es feliz, que la felicidad es muy absorbente y no deja hueco más que para la dicha. La gente se sienta o se derrumba frente al astrólogo cuando no tiene nada que perder, cuando no pueden predecirle nada peor de lo que ya le pasa.

—Vas a conocer a un señor extranjero —oí que le decía un echador a una dama vestida de negro.

Parece que los señores extranjeros pueden volver a funcionar como príncipes rescatadores. Uno creía que el extranjero estaba desmitificado desde que nos habíamos convertido en emigrantes de nosotros mismos. Pero hay quien piensa que no, que la felicidad viene de afuera, sin darse cuenta de que se puede ser de fuera habiendo nacido dentro.

Ayer, en el Retiro, a la hora del crepúsculo, mientras los brujos echaban las cartas a las señoras de negro, las familias echaban miguitas de pan a los peces del estanque.

—Parecen ratas —dijo un niño.

Es verdad, el modo en que sus cuerpos grises hervían en torno a la comida evocaba un grupo de roedores

despedazando una inmundicia. Al otro lado del estanque, entre las estatuas, se apreciaba una multitud de gente quieta, como a la espera de que el crepúsculo pasara para ponerse en movimiento.

Me senté en un banco, junto al tenderete de una pareja argentina que hace guiñol. A mi lado había un tipo en chándal comiéndose un helado y sonriendo. Tenía el cuello agrietado por alguna enfermedad e intentaba cubrirse las llagas con la mano libre.

—No puedo dejar de hablar conmigo mismo —dijo.

Compuse un gesto neutral, que no invitaba a hablar, aunque tampoco a callarse. Decidió seguir:

—O sea, empiezo a hablar cuando me levanto y ya no paro hasta la noche. Es agotador.

—¿De qué te hablas? —pregunté.

—De todo. El semáforo está rojo, por ejemplo, y me digo vaya, está rojo, a esperar tocan. Entonces se pone verde y digo bueno, vamos a cruzar, que para eso hemos realizado la inversión, la espera. Entonces me fijo en alguien y cambio de conversación. Ése es igual que mi padre, digo, mi padre tendría la edad de ése si viviera. Bueno, es todo el rato así, diciéndome cosas. Resulta agotador.

El sol se había puesto a nuestra espalda; las personas perdían identidad, transformándose en siluetas. Todo continuaba en movimiento, pero a la vez todo parecía quieto, como si la gente no avanzara a pesar de mover los pies.

—Por lo visto, le pasa a todo el mundo —continuaba el del cuello agrietado—; todo el mundo mantiene un coloquio permanente consigo mismo, lo que pasa es que

no se dan cuenta. Yo me he dado cuenta desde lo de la enfermedad porque cuando vas a morir te enteras más de las cosas.

En esto observé que un tipo metía en el bolsillo de otro unas pinzas largas, de madera, extrayendo con sorprendente limpieza unos billetes que recogió un tercero. Vi pasar a la dama oscura destinada a conocer a un señor de fuera; movía la cabeza como si se diera la razón. De súbito, tuve el sentimiento de que yo era real, como todo cuanto sucedía a mi alrededor en aquel crepúsculo infinito.

—Sigue hablando —rogué al sidoso, y me hundí en ese modesto bienestar que sólo proporcionan las cosas reales.

## CONFUSIÓN

Antes de que hubiera terminado de desenvolver el regalo de cumpleaños, sonó dentro del paquete un timbre: era un móvil. Lo cogí y oí que mi mujer me felicitaba con una carcajada desde el teléfono del dormitorio. Esa noche, ella quiso que habláramos de la vida: los años que llevábamos juntos y todo eso. Pero se empeñó en que lo hiciéramos por teléfono, de manera que se marchó al dormitorio y me llamó desde allí al cuarto de estar, donde permanecía yo con el trasto colocado en la cintura. Cuando acabamos la conversación, fui al dormitorio y la vi sentada en la cama, pensativa. Me dijo que acababa de hablar con su marido por teléfono y que estaba dudando si volver con él. Lo nuestro le producía

culpa. Yo soy su único marido, así que interpreté aquello como una provocación sexual e hicimos el amor con la desesperación de dos adúlteros.

Al día siguiente, estaba en la oficina, tomándome el bocadillo de media mañana, cuando sonó el móvil. Era ella, claro. Dijo que prefería confesarme que tenía un amante. Yo le seguí la corriente porque me pareció que aquel juego nos venía bien a los dos, de manera que le contesté que no se preocupara: habíamos resuelto otras crisis y resolveríamos ésta también. Por la noche, volvimos a hablar por teléfono, como el día anterior, y me contó que dentro de un rato iba a encontrarse con su amante. Aquello me excitó mucho, así que colgué en seguida, fui al dormitorio e hicimos el amor hasta el amanecer.

Toda la semana fue igual. El sábado, por fin, cuando nos encontramos en el dormitorio después de la conversación telefónica habitual, me dijo que me quería pero que tenía que dejarme porque su marido la necesitaba más que yo. Dicho esto, cogió la puerta, se fue y desde entonces el móvil no ha vuelto a sonar. Estoy confundido.

## VIVA EL SILENCIO

Siempre creí que vivir solo consistía en hacer lo que a uno le diera la gana, pero consiste justamente en lo contrario. El otro día, por ejemplo, puse en el periódico, contra mi voluntad, un anuncio por palabras que decía así: «Asturiano vicioso, piecitos pequeños, supermiembro garantizado. Llámame». No soy asturiano, ni

vicioso y calzo un 42. Lo copié todo de la sección de contactos. Además, odio esta clase de reclamos, no sé por qué lo hice. O quizá sí: por vivir solo. Cuando estaba con mi mujer, en lugar de hacer disparates veía la televisión, que es lo que de verdad me gusta. Pero entonces no lo sabía: entonces soñaba con una vida de aventuras nocturnas, me imaginaba recorriendo la Gran Vía a las doce de la noche, tomando copas aquí y allá, contratando prostitutas que, lejos de cobrarme, me entregarían la recaudación implorándome que volviera a visitarlas.

Luego, nunca fui a la Gran Vía por la noche, me da miedo salir a esas horas, así que me quedaba en casa, igual que cuando estaba casado, viendo los programas que antes veía con mi mujer, sólo que sin poderle echar la culpa a nadie. A mí me gusta lo más tirado de la tele, pero con coartada, y la coartada entonces era ella. De manera que qué iba a hacer; un día arrojé el aparato a la basura porque me pareció que un soltero con tele es dos solteros, y puse el anuncio del asturiano vicioso. En seguida empezaron a llamarme seres completamente repugnantes preguntando por el precio. Yo los mandaba a todos a la mierda, no se daban cuenta de que no era una cuestión de dinero, sino que lo que de verdad necesitaba yo era amor o, mejor que eso, costumbre. Muchos matrimonios han fracasado por lo mal vista que está la costumbre cuando es la salsa de la vida. Mi mujer y yo estábamos habituados el uno al otro y ya no necesitábamos ni hablar. De hecho, cuando decidí separarme llevábamos un mes sin decirnos nada. La gente cree que los matrimonios tienen que hablar para mantenerse en forma, pero eso es mentira: se habla cuando no se tiene

nada que decir. Yo en la oficina, por ejemplo, no paro de contar historias porque mis compañeros ni me van ni me vienen. Sin embargo, en la iglesia permanezco callado, porque las cosas que tengo que confesar a Dios son tan esenciales que sólo en el silencio se articulan.

De todo esto me doy cuenta ahora, claro. Cuando estábamos juntos, la odiaba porque creía que ella era la culpable de no hacer lo que me diera la gana, aunque no sabía qué es lo que me daba la gana, excepto lo de ir a la Gran Vía a contratar prostitutas, o a dejarme contratar por ellas, lo que en el fondo no es más que una fantasía un poco tonta. Es importante, pues, que las parejas silenciosas no se dejen engañar por toda esa propaganda, que hasta la Reina, cuya obligación es ser neutral, ha dicho en el libro de Pilar Urbano que los matrimonios tienen que hablar, o sea, que la Monarquía se ha puesto también del lado de la conversación. De manera que si uno no habla acaba sintiéndose un bicho raro y tarde o temprano se divorcia.

Yo ahora hablo mucho, no paro, porque entre quienes me llaman hay también asturianos que llevan años en Madrid y echan de menos las brumas matinales o los chubascos vespertinos. A éstos les doy un poco de cuerda porque se refieren a Asturias igual que yo a mi mujer: como si se tratara de un miembro amputado. Pero uno no mantiene conversaciones con los miembros: yo al menos nunca les digo nada a mis dedos ni a mis antebrazos. De manera que, aunque nunca he hablado tanto como ahora, jamás me he sentido tan vacío, tan torpe. Echo de menos las horas que pasaba en el sofá viendo la tele junto a ella; a veces, me acercaba la mano distraídamente

y yo, tomándola entre las mías, le contaba mecánicamente los dedos, primero del pulgar al meñique, luego del meñique al pulgar, siempre con idéntico resultado. Daría cualquier cosa por dejar de ser un asturiano vicioso con supermiembro garantizado y volver al silencio del matrimonio. Hay gente que sale por la noche porque no tiene con quien quedarse, del mismo modo que hay quien habla porque no tiene qué callar. Total, que a ver si promocionamos un poco el silencio. Por mi parte, no tengo nada que añadir. Muchas gracias.

## LA VERDAD

Se despertó de madrugada y permaneció encogido entre las sábanas, sin decidirse a poner la radio por miedo a despertar a su mujer. Finalmente, los nervios le empujaron a la de la cocina, donde sintonizó un programa de noticias por el que se enteró de que un tornado había causado grandes destrozos en Miami. No se dijo que él estuviera implicado, pero tampoco lo contrario, así que regresó a la cama algo nervioso y concilió un sueño breve, lleno de grumos, antes de que sonara el despertador. Durante el desayuno, su mujer le preguntó si volvía a dolerle la espalda o tenía alguna preocupación. Él negó con la cabeza mientras escuchaba la primera tertulia de la mañana por si salía su nombre a relucir.

Ya en la oficina, leyó atentamente el periódico disimulado entre las piernas, sin verse citado en ningún sitio. No obstante, a las once fue al cuarto de baño y con el móvil que le habían regalado el día del Padre telefonó

a la secretaria de Gómez de Liaño para preguntar si el juez estaba interesado en interrogarle. Le dijeron que no. «¿Puedo salir de España entonces?», insistió al tiempo que cortaban bruscamente la comunicación al otro lado. Regresó al despacho con gesto huidizo y confesó a su compañero de mesa que tenía miedo de que su nombre figurara entre los 200 expedientes de la supuesta amnistía fiscal. «Pero ¿cuánto dinero ganas?» «No sé, entre mi mujer y yo no llega a tres millones y medio al año.» Su compañero le mandó a la mierda y eso fue todo.

Por la tarde, al volver a casa, preguntó si había llegado alguna notificación del juzgado de guardia o si alguien les había amenazado por teléfono, pero no, todo estaba en orden. Antes de acostarse, mientras se cepillaba los dientes, se contempló en el espejo enfrentándose al fin a la verdad. «Dios mío —se dijo—, no soy nadie.»

## EL GALÁN

Por su cumpleaños, su mujer le regaló un galán, ese mueble siniestro que habita en el rincón de los dormitorios reproduciendo lo que más detestamos de nosotros mismos. El hombre ponía cada noche la chaqueta sobre los hombros del artefacto y colgaba cuidadosamente los pantalones de la cintura artificial creada a tal efecto (también la corbata tenía su lugar, incluso había un pequeño recipiente para el cinturón y los gemelos). Después se metía en la cama y mientras su mujer dormía, él contemplaba la silueta oscura de sí mismo colocada como un buitre a los pies de la cama.



—No quiero ver más ese trasto —le dijo a su esposa—. Está esperando que me duerma para saltar sobre mí. Regálasele a tu hermano. O a tu padre.

—Pero, hombre, si es muy práctico.

—No quiero cosas prácticas. Todo lo práctico acaba matándome.

La mujer retiró el galán, pero lo escondió en el trastero en lugar de regalárselo a nadie de su familia, por si su marido cambiaba de opinión.

El hombre volvió a colgar la chaqueta y los pantalones en el interior del armario, pero ya no pudo desprenderse del malestar que le había producido la utilización del galán y cada vez que veía las perchas con sus camisas y sus trajes verticalmente ordenados en aquella tiniebla de ataúd, tenía la impresión de contemplar diferentes versiones de sí mismo: ninguna, por cierto, verdadera. Nadie, hasta el momento, le había representado como el galán, que ahora estaría en casa de su cuñado, o de su suegro, ocupando un dormitorio que no le pertenecía.

Un día pasó cerca del cuarto trastero y le pareció que alguien le llamaba. Abrió la puerta y vio el galán desnudo, aterido de frío. Lo llevó al dormitorio y lo vistió con su mejor traje de franela, el de las recepciones y los cócteles. Después se metió en la cama, se durmió, y al poco, en efecto, el galán saltó sobre él, comiéndoselo entero, con pijama y todo. Su mujer todavía no lo ha echado en falta porque el galán la llena de atenciones.

## NOS GUSTA

Recorría distraído un texto sobre la existencia cuando perdí pie y caí en el interior de un paréntesis al que llegaba sin problemas la luz de la oración principal, pues no era muy profundo. Avancé seguro de reconocer el camino, pero me extravié en una subordinada, y al decidir volver sobre mis pasos rodé a un segundo nivel donde no se veía nada. Se trataba de uno de esos paréntesis con sótano, un poco laberínticos, en los que cuanto más te acercas al final, más te alejas de su sentido. Encendí el mechero e intenté reconocer las características gramaticales de la caverna, que eran muy familiares, por lo que pensé que, si conservaba la serenidad, encontraría el camino de regreso.

Tres semanas más tarde, sin embargo, continuaba en el mismo sitio y me había adaptado a esa forma de existencia, que era como vivir en un inciso. Después llegaron otras personas que se habían colado por la misma abertura y nos pasábamos el día hablando a oscuras de lo que nos había conducido allí, sin advertir que poco a poco nos desviábamos del asunto principal, igual que cuando detrás de IU, por ejemplo, ponemos entre paréntesis Izquierda Unida y nos quedamos tan a gusto, como si una cosa tuviera que ver con la otra.

Un día aparecieron los técnicos y planificaron una ciudad con toda clase de servicios, pues éramos muchos y había que buscar formas de gestionar la aclaración que nos había reunido. Ahora somos una nación independiente, sin conciencia alguna de apéndice explicativo. De hecho, nadie recuerda lo que se trataba de ilustrar

cuando entramos aquí. Y es que no caen historiadores, o nos los comemos, según. Los sabios dicen que más que en un paréntesis nos hemos hundido en un espejo, y que no hacemos otra cosa que reflejar los gestos del discurso principal. Pero nos gusta.

## MI TÍO

Tuve un tío carnal, y perdonen la redundancia (no he conocido a ninguno que no sea de carne), que vendía cepillos de dientes, lo que se consideraba una actividad de mucho futuro hace años, cuando apenas el 8% de la población se ocupaba de la higiene bucal. Mi familia siempre ha trabajado en actividades con mucho futuro, aunque escaso presente: somos muy pioneros. De hecho, una vez que los cepillos de dientes comenzaron a ser un negocio de verdad mi tío carnal se dedicó a la venta de desodorantes, pese a que ni siquiera se había inventado la axila, que sustituyó, si ustedes recuerdan, al sobaco.

Un día le oí hablar a mi madre de mi tío, que era su hermano, y dijo que le daban ganas de llorar cuando se lo imaginaba en los hoteles o en las pensiones, por la noche, lavándose los calcetines, porque mi tío, pese a vender higiene bucal, se lavaba los calcetines más que los dientes, y luego los tendía en la barra de la cortinilla de la bañera. Se me quedó grabada aquella imagen de los calcetines colgados de la barra en la que, con los años, acabó concentrándose toda la tristeza que era capaz de segregar la realidad de este perro mundo. El calcetín es

una prenda blanda, rara, sospechosa, pero, sobre todo, es una prenda atribulada.

Hace poco, en un hotel, me puse a lavar los calcetines negros, negros, negros (y perdonen la redundancia, pues no los conozco de otro color), cuando de súbito levanté la mirada hacia el espejo y en lugar de encontrarme conmigo me encontré con mi tío, el pionero. Si mi madre levantara la cabeza, pensé, y viera a su hijo en este trance se volvía a morir, la pobre, del disgusto. De hecho, casi me muero yo. Así que abandoné los calcetines a un lado del lavabo, sin aclararlos, y me metí en la cama a punto de llorar. Dios mío, qué solo me sentí aquella noche. Aunque lo peor fue al día siguiente, cuando los tuve que guardar mojados en la maleta, junto a una novela policíaca que había cogido para el viaje. Podía haberlos abandonado en el hotel, pero pensé que eso habría sido tanto como dejar tirado en la cuneta a mi tío carnal, el redundante. Qué complicados somos.

## UNA CUESTIÓN DE CARÁCTER

Hace algún tiempo estuve tres o cuatro días con el carné de conducir caducado y lo pasé fatal. No me atrevía a coger el coche, por supuesto; es más, lo miraba con miedo, aunque él me provocaba con sus curvas y sus faros, como diciéndome: «Tómame». Pero, la verdad, me daba pánico sufrir un percance y resistí a la tentación. Además, se me ocurrió telefonar a Tráfico para preguntar qué podría ocurrirme, y una máquina parlante, expendedora de respuestas angustiosas, que atiende a esta

clase de llamadas existenciales, me aseguró que estaba prohibidísimo conducir con el carné pasado de fecha y preferí no hacerlo. Cada uno es como es. Una vez me tomé un yogur que había caducado el día anterior y estuve una semana lleno de remordimientos, y de síntomas. Al final fui al médico y me dijo que no tenía nada, recomendándome que no fuera tan aprensivo.

—No es un problema de aprensión —le dije—. Si un yogur está caducado, está caducado.

Por las noches soñaba que conduciendo el coche en esta situación irregular atropellaba a un anciano y el seguro se negaba a hacerse cargo de los gastos, de manera que tenía que arruinar a mi familia para pagar la indemnización y el entierro. Por si fuera poco, el juez decretaba prisión sin fianza, cumpliéndose de este modo una de las profecías del prefecto de disciplina de mi colegio, que se pasaba la vida asegurándome que acabaría en la cárcel. Fueron unos días horribles, ya digo, y sin haber cogido el coche. No quiero ni imaginar lo que me habría ocurrido de atreverme a ir con él hasta Serrano.

Renové el carné, pues, a toda velocidad, y el mismo día de estrenarlo, al regresar a casa de una cita laboral, me detuvo una patrulla que estaba haciendo controles rutinarios de alcoholemia. Yo no había bebido nada, ni gota, pero se me puso una cara de culpable impresionante y un temblor etílico me recorrió prácticamente todo el cuerpo humano. Los agentes se miraron el uno al otro como felicitándose de haber pescado por fin a un infractor. Sin duda, voy a dar positivo, me dije. Siempre pienso que soy culpable mientras no se demuestre lo contrario.

Es la educación que me dieron los curas y los militares, con perdón. En unos segundos visualicé el drama que se me venía encima. Me quitarían el carné recién renovado y tendría que dar explicaciones a mi mujer y a mis hijos por haber conducido borracho. Dirán ustedes que también podría contarles la verdad, pero la verdad en situaciones tan patológicas carece de valor. Es mejor construir una mentira aceptable, perdonable: «Me encontré con un sargento de la mili (con perdón) y me invitó a tomar unas cañas». O bien: «Me dolía una muela y entré en un bar a enjuagarme la encía con un chupito de ginebra, para desinfectar».

Milagrosamente, el aparato funcionó con equidad y dio negativo. No me lo podía creer, no estoy acostumbrado a que los aparatos se pongan de mi parte en situaciones difíciles. La verdad es que los guardias tampoco podían creérselo y me hicieron soplar otra vez con idénticos resultados. Al final pensaron que quizá me pasaba otra cosa y preguntaron si me encontraba bien.

—Un poco culpable nada más —respondí—, pero ya ha pasado todo gracias a Dios.

—¿Seguro que puede conducir sin problemas?

—Seguro, seguro. Acabo de renovar el carné, imagínense.

Salí pitando de allí, pero tardé dos horas en recuperar las pulsaciones normales. En casa no dije nada, pero como me notaron muy alterado tuve que mentir de todos modos.

—Es que me he encontrado con un sargento de la mili (con perdón) que había perdido un ojo haciendo maniobras.

Viene todo esto a cuento de la admiración que me producen personas como Pedro Areitio, que siendo director de Tráfico fue capaz de coger el coche sin carné, sin seguro, sin permiso de circulación y no sabemos si ebrio, puesto que logró que no le hicieran el control de alcoholemia. Personalmente, me parece un caso de seguridad personal envidiable. ¿Dónde habrá estudiado este hombre, que a pesar de ser de derechas va por la vida con la convicción de que es inocente mientras no se demuestre lo contrario? Más aún: incluso cuando se demuestra, es capaz de liar las cosas de tal manera que le hace a uno dudar. Ahora que se ha quedado sin trabajo, yo lo pondría al frente de la Consejería de Salud Mental. Si llevaba tan bien Tráfico sin carné, haría una labor psiquiátrica excelente estando loco.

## COSAS DE LA PRIVATIZACIÓN

Los hospitales con problemas de espacio han comenzado a deshacerse de los historiales clínicos de sus pacientes. Ya hay empresas privadas que se dedican a gestionar toda esa documentación donde están anotadas las faringitis de usted o los cálculos de riñón de su cuñada. Hace poco, en un baratillo de Palma de Mallorca aparecieron miles de historias clínicas que se vendían por dos duros. No es el primer caso, ni el último. Yo colecciono historiales clínicos porque estoy muy interesado en las propiedades sinestésicas de este género literario. Los tengo en la mesa de trabajo y leo uno o dos antes de ponerme a escribir. De este modo, un día escribo con

los síntomas de la escarlatina y otro con los de la fiebre del heno. Se trata de una argucia muy útil para ser otro durante algunas horas sin correr grandes riesgos físicos (de los psíquicos mejor no hablar).

Una vez al mes, para descansar, leo historiales que terminan con el fallecimiento del paciente, y ese día me dedico a recorrer la casa con la nariz afilada y las facciones cerúleas, como un difunto, apareciéndome a la asistente y al cartero.

—¿Por qué no escribes hoy? —me pregunta indefectiblemente mi mujer.

—Es que estoy haciéndome el muerto —le digo yo.

—Pues te podías hacer el muerto en el sofá. No dejas de moverte y me pones nerviosa.

No comprende que mis muertos favoritos son los que se aparecen. Ella prefiere los muertos que desaparecen. Cada uno tiene sus gustos, por eso nos queremos. O sea, que de la pérdida de los historiales clínicos pueden obtenerse algunos beneficios, siquiera sean de orden literario. Lo malo es que comience a suceder algo parecido con los pacientes. De hecho, hay hospitales que ya no saben qué hacer con los enfermos, que son una lata, y darían cualquier cosa por subcontratarlos a una empresa privada. Quizá dentro de poco, en los baratillos, junto al hospital correspondiente, nos vendan al agonizante. La privatización tiene sus cosas.